

Recordando a Alfonso Costafreda

C

José Agustín Goytisolo

Costafreda no fue simplemente un poeta desdichado a la manera romántica. Su marginación se convirtió en un 'caso'. Lo evoca aquí quien fuera íntimo amigo suyo, protagonista también de aquellos sucesos que contribuyeron a su relegación.

Dije y escribí, hace años, que Alfonso Costafreda era el más brillante de todos los que componíamos un grupo de amigos que se empezó a reunir, informalmente, en bares y tertulias caseras, a partir de 1948-49 en Barcelona: Jaime Gil de Biedma, José María Castellet, Carlos Barral, Jaime Ferrán, Gabriel Ferrater, y otros que ahora no recuerdo. Costafreda llegó en esa época a Barcelona, de regreso de Madrid, ciudad en la que empezó la carrera de Derecho en 1945; trasladó su matrícula a la universidad de Barcelona. (Mi caso fue inverso: trasladé mi matrícula de Barcelona a Madrid en 1949, también de Derecho, carrera inevitable, por entonces, para los hijos de la clase media, o media tirando a alta.)

Decía que Alfonso Costafreda llegó, se metió, caracoleando, entre parte de los componentes del grupo (con otros no se relacionaba muy bien) y la armó. Venía con el precioso aval de su amistad con escritores que vivían en Madrid y eran amigos suyos: Vicente Aleixandre, Blas de Otero o Carlos Bousoño. Había publicado en algunas revistas capitalinas varios de los poemas del que iba a ser su libro *Nuestra elegía* (que fue el primer Premio Boschán de poesía, en 1949, publicado a principios del siguiente año).

Alfonso era arrollador, elegante, más que buen bebedor, polemizador y con prestigio de auténtico poeta aún antes de que fuera premiado y de ser publicado su primer y extraordinario libro. Nos deslumbró a todos, sin darse cuenta o dándose cuenta. Era dos o tres años mayor que Barral, Jaime Gil y yo, debía tener la edad de Castellet y unos cuatro años menos que Gabriel Ferrater.

Su amigo y coterráneo (lo de coterriano viene de que Costafreda había nacido en Tárrega, y Ferrán en Cervera, ciudades ambas de la provincia de Lérida, y muy cercanas entre sí), su amigo y coterráneo, repito, Jaime Ferrán, escribió de él en su *Libro de Alfonso* en 1983, refiriéndose al Costafreda de finales de los cuarenta:

fuiste nuestra vanguardia en el combate que juntos emprendimos.

Me fui, ya expliqué, a Madrid, pero durante las vacaciones de Navidad, Pascua y Verano, seguí viéndole, en Barcelona o Tárrega. En Madrid heredé, o mejor usufructué, pues la propiedad era suya, la amistad de los poetas que le habían descubierto, o que él descubrió para sí mismo.

Carlos Barral y Jaime Ferrán, los mejores y más leales amigos que tuvo y tiene, nunca le ahorraron elogios ni en su vida ni después de su muerte. Ya incluí arriba unos versos de Fe-



MARÍA ASUNCIÓN CARANYELL

Goytisolo y Costafreda en 1959

rrán, y ahí van estas palabras de Carlos Barral en *Años de penitencia*, de 1982: "Tenía, a los ojos de todos, un prestigio de poeta reconocido, aunque inédito todavía. Nadie parecía dudar de la importancia de sus primeros versos". Antes, Jaime Gil de Biedma, que nunca congenió demasiado bien con Alfonso Costafreda, escribió en *El pie de la letra*, en 1980: "Saberle estudiante de mi misma facultad, en Barcelona, me había deslumbrado casi tanto como su libro me deslumbró".

Costafreda empezó a viajar al extranjero cuando los demás no habíamos salido de "este país de todos los demonios" que era la España de finales de los cuarenta y primeros cincuenta. Alfonso Costafreda fue a París y estudió en la Sorbona. París, nombre mágico entonces, símbolo y consigna de libertad y de todo lo que ustedes quieran, así éramos de desgraciados. Luego saltó a Dublín, a estudiar también o, al menos, a perfeccionar el inglés.

Años más tarde, sería por 1951 o 1952, me lo volví a encontrar en Madrid, del brazo de su inseparable y fiel Jaime Ferrán. El grupo de sus amigos escritores se había ampliado: eran legión. Yo vivía en el Colegio Mayor Guadalupe, para iberoamericanos, en el que estábamos incrustados varios españoles: recuerdo a Emilio Lledó, mi buen amigo allí entonces y fuera de allí ahora, a Tomás Ducay, a Valente y a su protector Monseñor Maximino Romero de Lemus, ambos listos y de Orense, que tanto me ayudaron. Total, que en el grupo de poetas consagrados amigos de Costafreda entró en contacto con varios escritores ibero-

america- nos con los que vivíamos en el Guadalupe: los colombianos Eduardo Cote y Jorge Gaitán Durán, fundadores luego de la espléndida revista bogotana *Mito*, que desapareció al morir ambos trágicamente varios años más tarde; los nicaragüenses José Coronel Urtecho, espléndido traductor de la poesía norteamericana más reciente -entonces, claro-, Ernesto Cardenal, hoy cura y director de *talleres de poesía* en su país, en los que todos los alemanes de poeta escriben como él y a veces mejor que él, y Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez, éstos sí dos auténticos poetas.

Vuelvo a Alfonso Costafreda: la entrada de caballo siciliano (yegua

mejor) de la sueca Maj-Britt en el corazón de Alfonso fue tremenda: lo sacó de su residencia, y se lo llevó, primero, a su habitación del Hotel Plaza, en El Callao, y allí lo retuvo hasta volar con él a Londres en donde se casaron.

En 1955 recibí una carta de Costafreda: había ganado unas oposiciones para funcionarios internacionales en la Organización Mundial de la Salud, y me ofrecía su casa, aún por estrenar. Al principio, ese exilio voluntario le parecía una liberación, y así nos lo hacía saber a sus amigos. Pero luego, con pasos de zorra, llegaron la nostalgia y la melancolía. Se sentía marginado, olvidado como poeta en España: no se le citaba, pocos le escribían.

Se sentía marginado, y lo fue. El golpe más duro se lo dio su exclusión de la antología *Veinte años de poesía española, 1939-1959* de José María Castellet, al que asesoramos, en la selección de poetas y poemas -no en el prólogo, por supuesto- Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma y yo. Se han escrito muchas tonterías y falsedades desde fuera, sobre este caso Costafreda, y dejo que lean las palabras de dos de los cuatro protagonistas.

Jaime Gil de Biedma escribió en *Tele-Expres* el 22 de abril de 1974: "En 1951 le mostré a Costafreda varios poemas míos. A Costafreda le gustó uno, pero añadió en seguida que se sentía capaz de mejorarlo en un cincuenta por ciento. Volvió a marcharse y no le perdoné. Años más tarde, maneje una pequeña cantidad de poder literario, tuve oportunidad de vengarme y no la dejé pasar".

Sigo con el caso: Carlos Barral, segundo asesor del antólogo y amigo

ya que había muerto muchos meses antes. Acepto lo de gitanerías, sin comillas, pues significan acciones propias de un gitano, como cantar y bailar bonito, tener o pretender tener cierto aire achulado y otras cosas atractivas. Me gustan los gitanos, no soy ni turista jubilado ni, por supuesto, racista: tengo amigas y amigos de todo color y pelaje, y siempre he tratado a todo el mundo, con respeto, si se lo merecen, que es en la mayoría de los casos, sin importarme que sean tiroleses o gallegos.

Siete años después de la antología de Castellet, la Colección Colliure, que dirigíamos el colectivo formado por el antólogo, sus tres asesores y Jaime Salinas, publicó *Compañera de hoy*, 1966, Barcelona, segundo y muy buen libro de Alfonso Costafreda. Y en septiembre de 1974, en la Colección Ocnos, que llevábamos Joaquín Marco y yo, apareció *Suicidios y otras muertes*, en Barcelona; para mi gusto, el mejor de los tres libros de Costafreda, aunque los tres sean una buena baza para pasar a la historia de la literatura castellana de este siglo que acaba.

Suicidios y otras muertes estaba en imprenta cuando Alfonso Costafreda murió en Ginebra el 4 de abril de 1974. Por eso escribí en un poema titulado *Del otro lado*, publicado por primera vez en *Tele-Expres* el 22 de abril de 1974:

Ahora recuerdo a Alfonso Costafreda como muy pocas veces y no porque haya muerto sino porque releo sus poemas sus últimos papeles que ya no verá impresos...

O sea que Alfonso Costafreda murió en 1974, y no en 1963, como escribió un íntimo amigo suyo, y publicó, no sé si bajo seudónimo, en el número de diciembre de 1963 de *Papeles de Son Armadans* en un emocionante *Portrait of the artist as young corpse*. Muerto, cadáver. No, señor, falso; su amigo íntimo se equivocó al escribir:

Para la poesía había muerto aunque él lo ignorase...

Ya se ha escrito que, con posterioridad a esa falsa muerte poética publicó dos libros más, espléndidos. Y tampoco murió físicamente, como al leer la citada composición necrológica de ese íntimo y desconocido amigo de Costafreda, llegó a creer el bueno y acongojado Jaime Ferrán, que desde Estados Unidos escribió pidiendo aclaraciones del luctuoso suceso, y al no recibirlas, soltó una preciosa elegía titulada *Cantiga XIV* dedicada al falso muerto:

Señora de la Buena Muerte que Tú le acojas...

En medio de lo escrito, y hasta el día de su muerte, muchas cosas, muchos desastres, dos matrimonios más, depresiones, angustia y soledad. Sus cartas son testigo, pero no las saco aquí por no ensañarme con algún muerto o algún vivo.

Advertencia a gacetilleros: polemizan con otros, no conmigo. No sé, no contesto, y triunfan y sosiéguense: la inquina, el rencor, la retranca y el despecho aumentan el colesterol y el ácido úrico, con el consiguiente riesgo de problemas cardiovasculares. Lo leí el otro día precisamente en una revisita de la OMS.

Para ampliación de datos e información: *Alfonso Costafreda, la tentación de la poesía* de Montserrat Bacardí, publicado por el Institut d'Estudis Ilerdencs, 1989, Lérida.